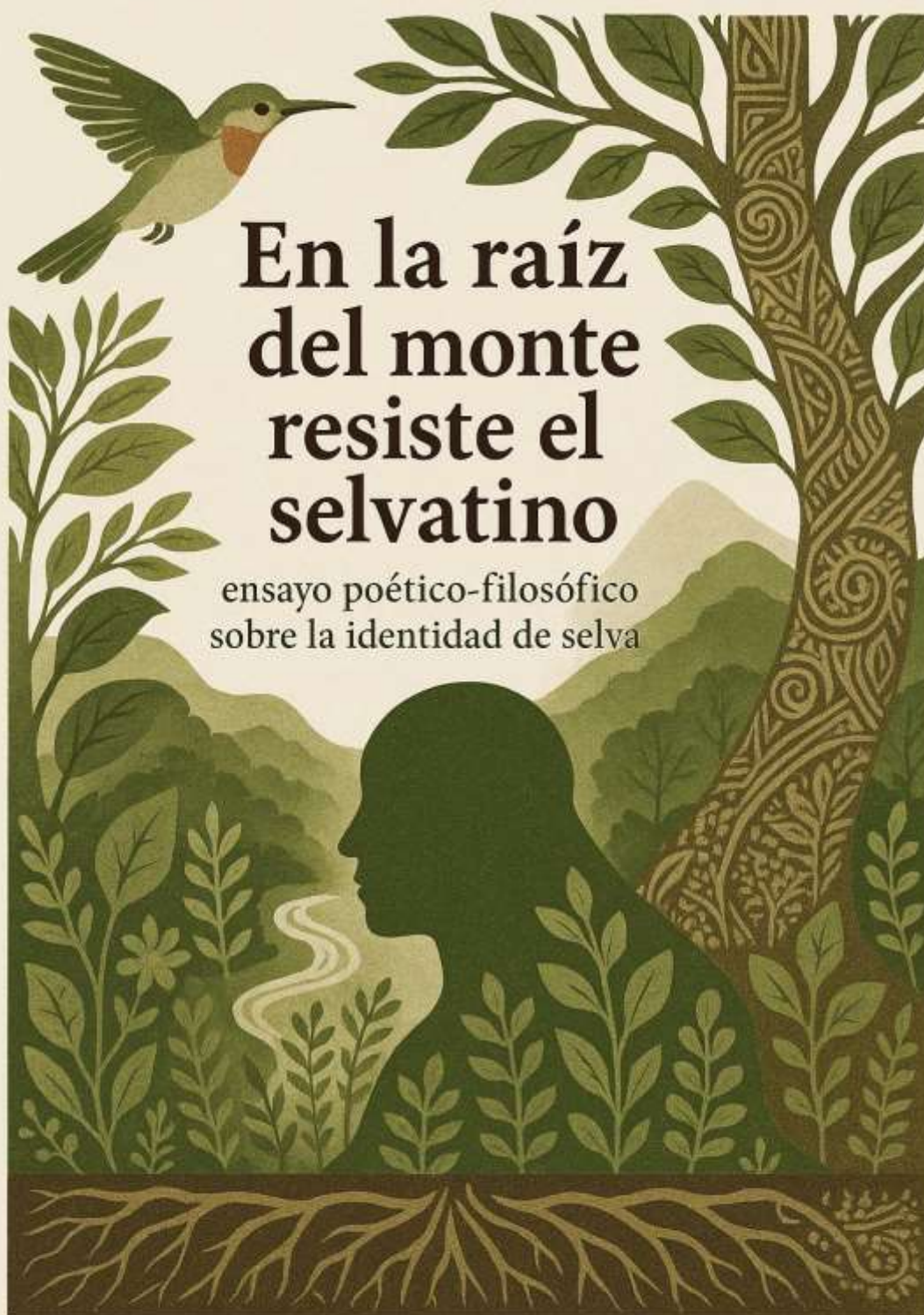




Teófilo Cuesta-Borja

En la Raíz del monte, resiste el selvatino:

Ensayo poético-filosófico sobre la identidad de selva

Teofilo Cuesta-Borja¹

El lenguaje, no solo nombra el mundo, lo funda; decir "campesino", ha sido por siglos, una forma de organizar el mundo rural, de reducir la riqueza existencial de quienes habitan los campos y selvas, a una categoría funcional, productiva y subordinada a lógicas extractivas o tecnocráticas del territorio. Sin embargo, como señala Edgar Morin (2005), vivimos una era en la que la complejidad, nos exige superar la linealidad reduccionista para pensar en tramas, interdependencias, subjetividades y saberes no domesticados. En ese horizonte, proponemos aquí una resignificación radical: el término *selvatino* o *selvatina*, como un concepto vivo, poético, político y epistémico, que nombra de forma más justa, amorosa y profunda, a quienes habitan las selvas del sur global.

No se trata, de una simple sustitución léxica, sino de una mutación ontológica, pues el *selvatino* o *selvatina*, es quien no solo habita la selva, sino que es habitado por ella; es quien dialoga con los ciclos de la tierra, escucha las estaciones sin calendario, y guarda en su memoria colectiva, los relatos de los árboles, las voces de los ríos, los mitos de los abuelos y los rezos de los ancestros. Desde la complejidad, esta figura no puede ser comprendida desde una mirada economicista, ni dicotómica, entre naturaleza y cultura. El *selvatino* o *selvatina*, encarna una ontología relacional, en la que ser, conocer y habitar se entretajan inseparablemente.

A lo largo de este ensayo, desplegaremos un andamiaje teórico y poético que permita comprender esta propuesta, como una alternativa epistémica y política, frente a la lógica colonizadora del lenguaje y del territorio. En este proceso, abordaremos el concepto desde el marco de la complejidad, las ontologías del sur,

¹ Ingeniero Agrónomo (Earth University, Costa Rica), Especialista en Gestión Ambiental (Universidad Nacional de Colombia), Especialista en Ciencias de la Complejidad (Multiversidad Mundo Real de México), Magister en Desarrollo Sostenible y Medio Ambiente (Universidad de Manizales, Colombia), Doctor (PhD) en Desarrollo Regional, AIU-USA, Doctor (PhD) en Pensamiento Complejo (Multiversidad Mundo Real de México), Doctorando (PhD) en Economía y Finanzas (Universidad de Investigación e Innovación de México-UIIX).
Dirección electrónica: teofilocuestaborja@gmail.com Medellín-Colombia.

la ecología política de los saberes, y el capital social colectivo, como una reserva de memoria viva, donde la identidad selvatina no solo se hereda, sino que se re-inventa a cada paso, en cada cultivo, en cada ceremonia, en cada resistencia.

Desarrollo teórico: el concepto de selvatino o selvatina desde la complejidad

1. Hacia una ontología selvatina: del campo a la selva simbólica

El término "campesino", encierra una carga histórica, asociada a la colonización interna, la economía agraria funcional al mercado, y la administración tecnocrática del territorio. Este término, ha sido usado sin distinciones entre los diversos modos de habitar el espacio rural, invisibilizando las cosmovisiones propias de comunidades, que no se reconocen en la categoría de campo, sino en el entramado simbólico, espiritual y ecológico de la selva.

Por ello, *selvatino* o *selvatina*, no designa simplemente una ubicación geográfica, sino un modo de ser en el mundo, profundamente vinculado con una forma de conocimiento encarnado, simbólico y territorial. Desde la mirada de la complejidad (Morin, 2005; Nicolescu, 2014), esta noción implica, una articulación de dimensiones ecológicas, históricas, estéticas, míticas y éticas, que no pueden ser comprendidas por categorías estancas. La selva, no es aquí, solo un espacio de biodiversidad, sino un sujeto de relaciones, de afectos y de saberes compartidos.

2. Selvatinidad y capital social colectivo: la memoria como raíz

En este sentido, *Selvatinidad*, es también un concepto vinculado al capital social colectivo, entendido como el conjunto de redes, relaciones de confianza, instituciones simbólicas y sistemas de valores que articulan la vida comunitaria. El *selvatino* o *selvatina*, no existe de manera individual, sino en relación con una comunidad de sentido, donde la oralidad, los cantos, las leyendas, las prácticas agrícolas, los rituales, las formas de cuidado del territorio, y los modos de resolver los conflictos, constituyen una herencia común, que se transmite intergeneracionalmente.

Este capital social colectivo, no está escrito en libros ni codificado por instituciones formales; habita en los tejidos de las hamacas, en los cuentos contados al fuego,

en las huellas del jaguar, en los símbolos tallados en madera, en los cantos de arrullo y en los silencios del monte. Es una epistemología viva, insurgente frente a la hegemonía del saber técnico o cientificista, y constituye un patrimonio inmaterial, que fortalece la resiliencia, la cohesión y la dignidad territorial.

Como plantea Arturo Escobar (2014), las territorialidades, no pueden ser vistas solo como espacios de recursos, sino como lugares ontológicos, donde se tejen mundos. Desde esta perspectiva, la *Selvatinidad*, no es una esencia, sino una praxis, un modo de cultivar vida, memoria y resistencia desde la complejidad del entramado cultural y ecológico de la selva.

3. Narrar la selva: mitos, leyendas y tramas de sentido

Dentro del universo selvatino o selvatina, la palabra es un acto sagrado. La selva se cuenta a sí misma, en las historias que circulan entre generaciones. El mito, no es una ficción, sino una forma de conocer, que enraíza los cuerpos en sus territorios. Así, las historias sobre el “dueño del monte”, las enseñanzas de los ancestros a través del jaguar o del río, y los relatos sobre el origen del fuego o el canto de las aves, no son supersticiones, sino mapas simbólicos, que orientan el habitar colectivo.

Estos relatos, cumplen funciones sociales fundamentales: organizan la vida moral, educan a los jóvenes, resuelven conflictos, reafirman el vínculo con la tierra. Como lo expresa Marisol de la Cadena (2015), se trata de “mundos otros”, donde la naturaleza no está separada de la cultura, sino que forma parte de un pluriverso en el que todo está vivo y en relación. El *selvatino* o *selvatina*, se forma en esa polifonía simbólica, en un tipo de conocimiento que no disocia el saber del sentir, ni la razón de la emoción, ni el cuerpo del territorio.

4. Selvatinidad y cuidado: una ética relacional

Por último, debemos entender la *Selvatinidad*, como una ética de cuidado radical, que se diferencia del enfoque moderno, que entiende la naturaleza como objeto de conservación o explotación. El *selvatino*, cuida la selva, no porque sea su dueño, sino porque se sabe parte de ella. La reciprocidad, el respeto a los ciclos, el uso

ritual de las plantas, la siembra como ceremonia, el monte como ser sagrado, todo esto, configura una ética profunda, relacional y comunitaria.

Como plantea Enrique Leff (2004), es urgente recuperar una racionalidad ambiental, que no se base en la dominación técnica del entorno, sino en una sabiduría del vínculo. La *Selvatinidad*, encarna esa racionalidad ancestral, que es al mismo tiempo política, poética y espiritual.

5. Territorio y selvatinidad: una política de lo común

El *selvatino* o *selvatina*, no solo habita el territorio, lo teje, lo canta, lo recuerda y lo defiende. En este sentido, su relación con la tierra, no puede ser entendida bajo el prisma de la propiedad privada, sino como una relación comunal y espiritual, que constituye una forma de vida. Como afirman Walsh, García Linera y Escobar (2018), los pueblos del Abya Yala, no piensan el territorio como recurso, sino como una trama vital de la que son parte inseparable.

Así, la Selvatinidad, conlleva una política de lo común, en la que el territorio, no se posee ni se mercantiliza, sino que se cuida y se celebra. Las prácticas agrícolas tradicionales, como la chagra o la parcela, no son solo técnicas de producción, sino expresiones de un conocimiento relacional, que articula lo espiritual, lo ecológico y lo político. La *Selvatinidad*, se expresa también, en las mingas, en las prácticas de trueque, en los bailes rituales, en los cantos de siembra y en los calendarios ecológicos no escritos, que regulan la vida comunitaria.

Aquí, la política no se juega en los parlamentos ni en los ministerios, sino en el monte, en la defensa del agua, en la resistencia al despojo extractivo, en la siembra de autonomía. Como afirma Boaventura de Sousa Santos (2009), estamos ante “epistemologías del sur”, que desafía los modelos hegemónicos del desarrollo, y proponen otros modos de existencia, donde la vida digna, no se mide por la acumulación, sino por la relación armónica con lo viviente.

6. Selvatino como sujeto epistémico: saberes insurgentes y pedagogías del monte

Desde la perspectiva de las ciencias de la complejidad, la producción del conocimiento, no puede limitarse a los saberes expertos ni a los laboratorios institucionalizados. El *selvatino* o *selvatina*, es también un sujeto epistémico, portador de un saber-hacer encarnado, ancestral y situado, que desafía las lógicas monoculturales del saber moderno.

Como bien plantea Paulo Freire (1970), toda educación verdadera, es praxis liberadora, y en este sentido, el conocimiento selvatino, no solo enseña a sembrar la tierra, sino a leer el cielo, a dialogar con el bosque, a resistir al olvido y a cuidar la vida. Sus pedagogías, no están en las aulas, sino en la trocha, en el río, en la siembra, en el tejido. Son pedagogías del monte, que se transmiten con el cuerpo, con el tiempo, con el cuidado.

Este saber, no es fragmentado, ni disciplinario, sino holístico e interconectado. Como plantea Gregory Bateson (1972), el conocimiento ecológico es un “patrón que conecta”, una sabiduría que no disocia el pensar del vivir. El *selvatino*, sabe cuándo siembran los pájaros, por dónde viajan los vientos, cómo curar con corteza de árbol, cuándo descansar para no agotar la tierra. Es un conocimiento regenerativo que permite sostener la vida sin devastarla.

7. Poética de la selvatinidad: la palabra que brota del humus

Habitar la selva, también es, una forma de poesía. El *selvatino* o *selvatina*, no solo trabaja la tierra, la nombra, la escucha, la canta. Su lenguaje, no es solo herramienta de comunicación, sino acto simbólico y creativo, que mantiene viva la relación con lo sagrado. Como dice Gastón Bachelard (1957), “la palabra poética nace del humus de la tierra profunda”.

Los cantos, los mitos, los rezos y las formas orales de transmisión del saber selvatino, son también dispositivos de resistencia cultural. En ellos, habita la memoria del territorio, la historia de los ancestros, el mapa emocional del monte. Decir “selvatino” es, por tanto, nombrar una poética de lo viviente, un lenguaje que

no domesticó la selva, sino que la incorporó como sujeto del relato. La palabra *selvatina*, no es instrumento de control, sino gesto de alianza. Es la palabra, que brota con la lluvia, que germina en la huella del jaguar, que arde con la quema ritual del tabaco. Es una palabra fertilidad, que no impone verdades, sino que hace posible el diálogo entre mundos. Es, como diría Glissant (1990), una poética de la relación abierta, rizomática, hospitalaria.

8. Conclusión: sembrar futuro en clave selvatina

La propuesta del concepto *selvatino/selvatina*, no es un capricho terminológico, ni una simple ampliación categorial; es un acto político, poético y epistémico, que nos invita a repensar los modos en que nombramos y, por tanto, concebimos el mundo rural, la relación con la tierra y las formas de vida, que desafían el monocultivo del pensamiento moderno.

En tiempos marcados por el colapso ecológico, el agotamiento civilizatorio y la expansión de modelos extractivos y tecnocráticos, recuperar la palabra *selvatino/a*, es también, una forma de esperanza, una esperanza, que no se funda en promesas abstractas, sino en las prácticas cotidianas de quienes resisten, cultivan, cuidan, narran y recrean territorios de vida, en medio de las selvas del sur global.

En el *selvatino* o *selvatina*, habita no solo una identidad, sino una cosmovisión de la vida, una ética del cuidado, un modo de existencia que sabe que no hay humanidad posible sin selva, sin río, sin canto, sin comunalidad. Frente al paradigma del dominio, la *Selvatinidad*, propone el paradigma del vínculo; frente a la devastación, siembra relación, y frente a la miseria simbólica del mundo urbano, cultiva memoria viva.

Como diría Eduardo Galeano: “Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo”, y en esa danza de pequeños actos, el *selvatino* o *selvatina*, con su machete, su canoa, su memoria, su risa, su canto y su resistencia, lleva siglos sosteniendo el mundo, a punta de oxígeno, medicinas, saberes, vida y, hasta con alimentos.

Bibliografía

- Bachelard, G. (1957). *La poétique de l'espace*. PUF.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an Ecology of Mind*. Chandler Publishing.
- De la Cadena, M. (2015). *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Duke University Press.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la Tierra*. Ediciones UNAULA.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- Glissant, É. (1990). *Poétique de la relation*. Gallimard.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza*. Siglo XXI.
- Morin, E. (2005). *El método 1–6*. Cátedra.
- Nicolescu, B. (2014). *From Modernity to Cosmodernity: Science, Culture, and Spirituality*. SUNY Press.
- Santos, B. de S. (2009). *Una epistemología del sur*. CLACSO.
- Walsh, C., García Linera, A., & Escobar, A. (2018). *Interculturalidad, descolonización del Estado y del conocimiento*. Ediciones Abya Yala.